

## El príncipe de Alepo\*

Marcos-Ricardo Barnatán\*\*

"¿Quiénes somos, y de donde venimos los Barnatán?." La pregunta del niño que fui seguramente turbó por un momento a mi pobre padre, quizá lo tocó, lo conmovió, pero creo que no le gustó demasiado. En la fiesta judía en la que se celebra la salida de Egipto, mi abuelo nos preguntaba cada año "¿De dónde venís?", de Egipto, contestábamos, "¿Y a dónde vas?", a Jerusalén, replicábamos. Esa fórmula mágica tenía como fin recordarnos que habíamos sido esclavos en tierras del Faraón y que nuestro benévolo Dios nos había liberado. El peligroso viaje de la esclavitud a la libertad se repetía cíclicamente la noche de Pascua. Desde muy pequeño sabía ya que veníamos de Egipto y que alguna vez habíamos estado en Jerusalén, pero eso había pasado hace miles de años, ¿y después? Todos los argentinos descendemos ordenadamente de los barcos, la cuestión era conocer los puertos de origen. Mi padre, que era un librepensador, no se interesó mucho por la genealogía, él había nacido en Buenos Aires en 1915 en una casa que fue derribada para hacer la avenida 9 de julio, muy joven se lo llevaron al Paraguay donde vivía su abuelo materno Jaime Hodari, propietario de una sedería llamada "La Liquidadora de París" y de quién había heredado el nombre (Haim, que en hebreo significa vida). Más allá de sus abuelos, que habían nacido en la otrora floreciente Alepo - como su padre - y en Jerusalén como su madre, desconocía los nombres de sus ancestros, eran sólo remoto polvo devuelto a la tierra. Apenas me dijo que los Barnatán habíamos sido expulsados de España por los malvados Reyes Católicos, unos señores que yo conocía del colegio ya que habían descubierto América con Colón, y que desde entonces vivieron al amparo del sultán otomano en ciudades como Constantinopla y Esmirna, para trasladarse en algún momento ignoto a la para mí muy misteriosa ciudad de Alepo, un lugar que yo imaginaba siguiendo el modelo de las poblaciones árabes que aparecen en Las Mil y una noches. La respuesta fue suficiente para calmar las preocupaciones ontológicas de la infancia, pero no tardé en crecer y querer saber algo más de esa gente que andaba por mi sangre.

Mi abuelo Marcos Isaac Barnatán murió cuando yo era bastante chico una tarde de verano en Mar del Plata, no recuerdo haber hablado mucho con él, pero supe que había sido masón y compañero de logia de un cuasi regicida español, el esotérico y sabio don Viriato Díaz Pérez, y que uno de sus hermanos, el tío Alejandro, pelirrojo como Adán y como su hijo el perverso Caín, había matado en una pelea a un musulmán y tuvo que huir de la ciudad para no perder la vida, se instaló en Jerusalén a principios de siglo y fundó una familia numerosa que nunca abandonó la ciudad de David. Mi hermana, cuando estudiaba en Israel, llegó a conocer hace años a un primo lejano nuestro, de esa simpática rama cainita, pero huyó de él despavorida cuando recibió informes del tipo de parentesco que nos separaba.

Por fortuna el padre de mi madre, que era más joven que el abuelo Marcos, vivió hasta que yo cumplí los 18 años, y eso me permitió una relación muy gratificante para un chico curioso. Se llamaba Aarón Hodari pero su nombre sufrió algunos cambios debidos más a las inclemencias de la historia que a la benevolente meteorología. En primer lugar su verdadero apellido era Aboud. "Nosotros- me decía- somos de la casa de los Aboud. Si alguna vez te encontrás por el mundo con un Aboud que provenga de Alepo o de Jerusalén, sabé que es pariente tuyo." Pero su familia tenía el verde mote de Hodari, y se los conocía más por el mote vegetal que por el apellido. Así todos los Hodari que hay dispersos por la tierra somos de la misma familia, y los hay en Manchester y en Nueva York, en Detroit y en Madrid, en Buenos Aires y en Dios sabe dónde.

Pero también el nombre de mi abuelo tuvo transformaciones diversas, nació y murió Aarón, como el hermano de Moshéravenu, pero mi abuela lo llamó toda la vida Manuel, - ese era el nombre de su primera tienda "Casa Manuel", donde lo conoció comprando telas para coserse sus vestidos de adolescente hacendosa - los nietos lo llamábamos Tatá, y hasta la II Guerra Mundial se hacía llamar Adolfo Hodari, un nombre al que se vió obligado a renunciar por razones obvias, pero

lamentablemente no pudo renunciar a las iniciales. También fué durante un tiempo masón, hay fotos que lo denuncian con su mandil, y un buen jugador de poker. Vivió muchos años en París, ya nacida mi madre, y después en el Japón del que volvió a Buenos Aires en el último barco antes del ataque a Pearl Harbour. Autoritario en familia, era en política un hombre de la derecha clásica, aunque nada nacionalista, hubiera preferido el triunfo de los ingleses en las frustradas invasiones de Buenos Aires: "Ahora seríamos Canadá", decía no sin razón, y era partidario del voto censatario, algo que enfurecía a su sobrino y yerno, que era mi padre.

Más aficionado a los ancestros que mis progenitores resolví buscarlos afanosamente en los libros. Una de mis primas mayores participó en esas curiosas pesquisas, y un día me trajo el trofeo de un rabí Bar Nathán - así se escribía nuestro arameo apellido, que quiere decir hijo de Natán - que aparece citado en el Talmud de Babilonia. Más tarde en un libro de Arthur Koestler: *The Thirteenth Tribe*, encontré el nombre y la historia del magnífico Isaac Bar Nathán de Córdoba, mensajero del sabio Hasdai ibn Shaprut, ministro del califa Abd-al-Rahmán, ante el rey José de Kazaria. Un personaje tan aventurero como visionario que enseguida adopté. Pronto sumé a mi arcano linaje a un docto rabino catalán que anduvo por la Provenza de los cabalistas, escribió tratados religiosos y poesía mística y que se llamó Abraham Bar Nathán de Lunel.

Cuando me casé en Santander con Rosa Pereda de Castro, los dos apellidos pueden muy bien ser conversos, un rabí Pereda aparece citado en el Talmud para que se revuelva en su tumba el bueno de don Jose María de Pereda, y más aún sabiendo que en algún momento precisaron ostentar un certificado de pureza de sangre, mi suegro se encargó de buscarme un buen escudo de armas, algo imprescindible en un buen hogar cántabro. Yo estaba muy contento como mi león rampante sobre campo de gules, cuando descubrí en un libro de un genealogista ilustre que según él tengo un escudo completamente distinto. Hundido en la miseria de la duda preferí al fin quedarme con el que inventaron para tranquilizar a mi suegro, y decir a los que quieran oírme que ese otro simulacro pertenece a una rama de augustos bastardos.

\*

Para que mi mirada hacia atrás quede suficientemente matizada, para que no falte un elemento con seguridad fundamental en mi vida, aunque mucho de esto esté ya contado en mi primera novela, *El laberinto de Sión*, que aunque aderezada de fantásticos personajes es, como casi todas las primeras novelas, muy autobiográfica. Para que nadie se lleve a engaño, debo reflexionar con levedad unos instantes sobre uno de los misterios insolubles que guarda la historia, y más aún mi historia personal, la historia de un príncipe de Alepo, hoy destronado y nostálgico. Ese misterio, es el de mi condición de judío.

Una confesión necesaria para mí y que me viene obligada por la asunción de ese "ser judío" que está en mí. Un sentimiento que ha evolucionado en mí a través del tiempo, como crece este libro insólito que escribo para conformar mi narcisismo. Era uno cuando el niño-príncipe descubrió la "diferencia" y la asumió frente a sus compañeros de colegio católicos, fascinado por la idea de sentirse profundamente distinto con una sensación que en algún momento bordeaba el elitismo o la llama aristocrática. Había una madre que, generosamente real, me concedía rutilantes títulos de nobleza: yo era a veces su Ricardo Corazón de León, y otras su pequeño y rubio Príncipe de Alepo.

No ser igual a los demás no fue nunca para mí algo negativo, por el contrario ennoblecía mi situación, me secuestraba de la vulgaridad. Y ese orgullo, que nada tenía de letanía llorosa ni de complejo de mártir, era el que llegaba del magisterio múltiple de los abuelos.

"¡Qué suerte tenés, - me dijo una vez el portero de la ICANA, un instituto de la calle Viamonte al que iba desde los seis años a estudiar inglés - festejás dos veces el año nuevo!". Así era, yo tenía más fiestas que los demás, y sobretodo unas fiestas privadas que no tenían los otros, un ceremonial mágico al que mi abuelo materno me dió acceso como primogénito de sus nietos varones que era, participaba así de un secreto ancestral y me sentía continuador de una benéfica sabiduría milenaria. Además, el saberme nieto de dos jerosolimitanos, dos hijos de una ciudad privilegiada por Dios, un axis-mundi, agregaba brillo a mi condición de predilecto heredero.

Al crecer, y empezar a conocer detalles de la historia de los judíos de la Biblia y de los que sufrieron persecución después a lo largo de los siglos, esa aún difusa condición "especial" creció, hasta transformarse en los albores de mi bar-mitzvá, a los catorce años en lugar de a los trece - porque mi padre se resistía a que cumpliera con esa ceremonia en la que él no creía- en un profundo deseo de hacerme grato a los ojos de Dios y comenzar a cumplir estrictamente con sus preceptos, en mi afán de emular a mi abuelo, al que yo veía entonces como un ejemplo vivo de esos Justos con mayúscula que habitaban el olimpo de los elegidos por el Señor.

Mi actitud no dejó de recibir algunas críticas, no demasiado severas, de mi padre que había tratado de educarme dentro del espíritu abierto de los librepensadores, sin dogmas religiosos, aunque nunca me había privado de participar en el ceremonial familiar los días de las grandes celebraciones judías. Cuando decidí que quería estudiar hebreo, para poder hacer el bar-mitzvá y subir a leer en el templo la Ley de Moisés, intentó convencerme de su inutilidad, y en ese forcejeo me retrasé un año. Al fin tuve mi maestro de hebreo, el somnoliento rabino Moisés Franco, del que recibí los rudimentos necesarios para poder cumplir con el ritual que se celebró en diciembre de 1960 en el templo sefardita de la calle Camargo. El encargado de recibirme en el seno de la comunidad fue el rabino Angel, un amigo de mi abuelo de origen esmerlí - los judíos de Esmirna, que conservaban el idioma ladino -. Sólo triunfó una de las condiciones impuestas por mi padre, no hubo fotógrafos. "Así no quedaran pruebas de ese día - dijo - del que cuando seas grande te arrepentirás."

Cuando el rabino Angel me bendijo bajo su gran manto blanco no pude dejar de mirar el rostro de mi padre, que estaba con mi familia en la primera bancada. Nunca se lo dije pero pude ver como unas cuantas lágrimas de emoción corrieron por sus cetrinas mejillas. La incontrolable fuerza de la tradición pudo más que las luces de su razón.

Pero no duró mucho mi observancia religiosa. Al poco de la ceremonia viajé a Mar del Plata para comenzar mis vacaciones de verano, me llevé conmigo mis tefilim, el talet y el libro de oración, y creo que cumplí con minuciosidad el ritual matutino durante veinte o veinticinco días, no llegó al mes. Después los fui espaciando hasta abandonarlo definitivamente en el otoño. Recuerdo ese verano como el del descubrimiento conciente de la sexualidad, una época de exaltaciones y de culpas secretas, de urgencias del cuerpo joven disparadas por el sol, el calor, y el paisaje humano de las playas.

Al volver a Buenos Aires mi judaísmo adoptó una forma más cultural que religiosa, expresado sobretodo en mis lecturas. Eran años de especial virulencia política, tanto en el colegio como en la calle, manifestaciones de estudiantes para defender la enseñanza laica, para defender la revolución cubana. Todos los jóvenes de mi generación teníamos entonces el nombre de Cuba en los labios. Y mi interés por la política me distrajo pronto del misticismo, por fortuna mi fervor político fue tan intenso como fugaz, y su rápido desencanto me acercó a las puertas de la literatura, a las que me entregué irresponsablemente con irrefrenable pasión.

Es quizá al llegar a España, a los dieciocho años, cuando vuelvo a sentir la llamada de mis orígenes sefarditas y a interesarme en un pasado que comencé a sentir mío e irrenunciable. ¿Éramos hijos del Levante español? ¿Acaso los nombre que cíclicamente se repetían de abuelos a nietos eran los de la Biblia pero también uno no era de Valencia? Leía entonces el Talmud de Babilonia, y los tomos de la

Historia de los judíos de Julio Caro Baroja, que había comprado mi padre en Madrid, buscando el nombre de algún posible ancestro en los anales de la Inquisición.

En el mes de agosto de 1966, y en Venecia, tras visitar las viejas sinagogas del ghetto y confrontar con algunos testigos presenciales algunos de los dramáticos sucesos de la persecución alemana en Italia, escribí un poema titulado " Oración en Venecia", en el que por primera vez mi condición de judío se vio ligada a mi condición de escritor, a mi condición de poeta. Es el comienzo de un sentimiento nuevo, eminentemente cultural que desde entonces privará tanto en mi literatura como en mi vida diaria, aunque sea muy difícil para un escritor separar una cosa de la otra. Ese "destino literario", al que tantas veces se ha referido Borges, que marca la vida de un hombre para siempre, sea cual fuera el resultado final de la aventura, se une también el asumido destino de judío.

Dos años más tarde, cuando estalla la llamada guerra de los seis días en Oriente Medio, una nueva experiencia aparece. Yo que había permanecido indiferente al estado de Israel hasta entonces, supe que mi condición de judío, aunque no me obligaba a identificarme con Israel como única posibilidad para serlo, me obligaba a romper la indiferencia. Y si yo no había querido renunciar a una tradición que estaba en los libros sagrados, que estaba también en los textos de los cabalistas españoles y en los poetas, tampoco podía renunciar a la solidaridad con los que de una u otra forma compartían conmigo esa herencia, que ya no era un tesoro de uso privado que yo custodiaba como una herencia personal. A partir de aquél día supe que la suerte de Israel era algo que me afectaba directamente, aunque supiera también que un estado soberano en la vieja tierra nuestra no podía asumir todo el judaísmo, y que ser judío era además algo más que ser un pueblo organizado políticamente como los demás.

Recuerdo haberme encontrado un mediodía por la Gran Vía con mi amigo Ignacio Gómez de Liaño, él traía noticias frescas de la radio, y su comentario lapidario: "Se terminó Israel, ésta vez los ejércitos árabes coaligados lo van a borrar del mapa". Liaño no lo decía con regocijo, pero sus palabras me conmovieron y no las he podido olvidar. Existía esa terrible posibilidad, era como si el Holocausto nazi pudiera repetirse con nuevas formas, bajo máscaras distintas. Y esa posibilidad me alarmó porque yo también me sentí amenazado. Era la mejor prueba de mi alianza. Yo también formaba parte de la Alianza.

Pronto supe, como Edmond Jabès, que no sería nunca eso que se entiende como un escritor judío, a la manera de aquellos a los que se considera escritores católicos o islámicos, sino judío y escritor, que no es exactamente lo mismo. Y esa libertad es algo que quizá no se pueda entender fuera del judaísmo. El hecho de que la Biblia sea un libro siempre abierto, y un libro, el Libro al que aún no se ha puesto el punto final, y que el judaísmo puede abrazarse como una carrera en marcha hacia la verdad, hace que mi vocación de judío sea para mí una aventura apasionante, que tiene un pasado inagotable en el que poder beber siempre un agua nueva mientras duren mis años, un presente hecho de soledad como el presente mismo del escritor, y un futuro en el que permanecerá siempre inalterable ese sentimiento de otredad, que tan bien nos explicó Blanchot, y que en definitiva será el triunfo de la diferencia frente a la intolerancia.

Siempre hay una voz que pregunta. Y la que ahora suena en el silencio de la noche dice:

- ¿Estás ahí, pequeño, ínfimo príncipe de Alepo?
- Estoy aquí.
- Dime, si puedes contestarme: ¿qué clase de judío eres?
- Soy como todos los judíos, el judío que creo ser.

-----

\* (Fragmento del libro inédito *El Príncipe de Alepo*)

\*\* **Marcos Ricardo Barnatán** é poeta e ensaísta. Nasceu na Argentina, em 1946. Vive, desde 1965, em Madri, Espanha. Publicou, entre outros títulos: *Laberinto de Sión*, 1971; *Gor*, 1973; *Diano*, 1983; e, *Con la frente marchita*, 1989. Sua obra poética foi reunida em *El oráculo invocado*, em 1984; *El techo del templo*, em 1999 e *Consulado general*, em 2000. Entre seus ensaios destacamos: *La Kábala*, de 1974, e *Borges, biografía total*, de 1996.